

R. 31750

DISCURSO APOLOGÉTICO
DEL SACERDOCIO,

QUE AL CELEBRAR POR VEZ PRIMERA

EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA

EL PRESBITERO

DON JUAN ANTONIO CAZORLA Y GARCÍA,

PONUNCIÓ EN LA IGLESIA MAYOR DE LA VILLA DE UGIJAR,

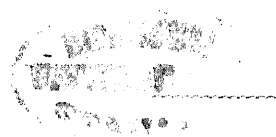
DIA 1.º DE ABRIL DE 1861

EL DIÁCONO

D. EDUARDO VALVERDE CAZORLA,

Catedrático de Geografía é Historia

DEL REAL SEMINARIO CENTRAL DE SAN CECILIO
DE ESTA CIUDAD.



BIBLIOTECA	
— GRANADA —	
Seña	C
Estante	38
Número	52 51

GRANADA.

IMPRENTA DE DON FRANCISCO VENTURA Y SABATEL.

1861.

Juan Polo 22 AGOS. 93



7 500 40 (García) MADE IN SPAIN

252

R. 21750

DISCURSO APOLOGÉTICO DEL SACERDOCIO,

QUE AL CELEBRAR POR VEZ PRIMERA

EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA

EL PRESBITERO

DON JUAN ANTONIO CAZORLA Y GARCÍA,

PRONUNCIÓ EN LA IGLESIA MAYOR DE LA VILLA DE UGÍJAR,

DIA 1.º DE ABRIL DE 1861

EL DIÁCONO

D. EDUARDO VALVERDE CAZORLA,

Catedrático de Geografía é Historia

DEL REAL SEMINARIO CENTRAL DE SAN CECILIO

DE ESTA CIUDAD.



BIBLIOTECA	
-- GRANADA --	
Sala	C
Estante	38
Número	52 (5)

GRANADA.

IMPRENTA DE DON FRANCISCO VENTURA Y SABATEL.

1861.

Nota de 22 AGOS. 93

AL EXCMO. SEÑOR

DON MIGUEL DE RODA.

Al Sr. D. Francisco Ruiz Solo

como un recuerdo de un amigo

E. Valverde

RECONOCIDO, Excmo. Sr., á los testimonios de afectuoso cariño con que me venís honrando desde mi infancia, satisfago una necesidad de mi corazón al ofrecerles el primer discurso que publico, á ruegos de personas que miro con respeto y amor.

Al abrigo de vuestra indulgencia coloco sus defectos. Acéptelo V. E. con su natural bondad, y en él vea solo, una humilde expresión de la gratitud con que á su afecto corresponde

EDUARDO VALVERDE CAZORLA.

Mediator Dei et hominum.

Mediador entre Dios y los hombres.

(Diu. PAS. AD TIMT., CAP. II, V. V.)

MINISTROS DEL SANTUARIO : CATÓLICOS :

Si la Religión cristiana viene reconociéndose como la única verdadera que explica y realiza los destinos del hombre, en el tiempo y en la eternidad; si á su acción benéfica se han levantado las generaciones á la altura de dignidad y perfeccionamiento en que hoy las contemplamos, lavando aun las aguas cristalinas de su moral regeneradora las manchas que en el modo de ser de las sociedades imprimieran antiguos errores y desvaríos: si al celestial fulgor de su fe la humanidad ha divisado regiones desconocidas de felicidad y ventura, antes veladas por las tinieblas de una filosofía no enriquecida con las enseñanzas sobrenaturales del Evangelio: si á la influencia fecunda del Cristianismo vemos armonizadas las relaciones del Criador y la criatura: desenvueltos con admirable consonancia y sin repulsión entre sí, los principios fundamentales de un reino espiritual, con los principios y fundamentos de toda sociedad humana; si en una y otra esfera la vemos gestionar con tendencias paralelas en el corazón del hombre la consecución de sus recíprocos destinos sin estorbarse en su marcha, antes por el contrario, prestándose un mutuo y vigoroso apoyo: en una palabra, si la Religión del Crucificado es quien predica una doctrina que premia su práctica con la felicidad posible en la vida del tiempo y la fruición absoluta de los goces del Cielo, al Sacerdocio de la ley

de Jesucristo, partícipe de su eterno pontificado, dispensador de sus dones, nuncio de sus maravillas y apologista de su Omnipotencia es deudora la humanidad de tan multiplicados beneficios; ya porque perpetúa con el ejercicio de su mision apostólica las enseñanzas de la doctrina del Calvario, ya porque renueva sobre el Ara Santa el solemne sacrificio de la Cruz, en virtud de la potestad que en él impartiera el Pontífice Eterno segun el órden de Melchisedec, Jesucristo.

Ese alto ministerio del Sacerdocio que continúa en la tierra la obra grandiosa de la Redencion, ora ofreciendo á Dios el mas perfecto de todos los sacrificios, ora conduciendo al hombre por el desierto de la vida á la posesion de una eterna y feliz, sin otras armas que la autorecha de la verdad cristiana, ni otros auxilios que las promesas de Dios, se presenta á mis ojos con una doble grandeza que descuella sobre todas las humanas. Grandeza basada en los inmutables principios de las mas excelsas de las instituciones divinas; grandeza que labra su corona con las inapreciables joyas de las virtudes evangélicas, que esmaltan con su mas precioso brillo la abnegacion y la humildad.

Ahora bien: como este siglo discutidor y controversista ha llamado á juicio las mas venerandas instituciones y penetrando en el santuario de la Religion y del dogma, ha querido sujetarlos á su análisis investigador y descreido, el Sacerdocio que ha rechazado sus apasionados fallos, que á su despecho le viene señalando la única via de perfeccion que há tiempo olvida, ha sido el blanco de desfavorables sentencias, de ofensivas calumnias, de desdenes inmerecidos. Segun el escepticismo, el Sacerdote cristiano ha degenerado de su mision divina para venir á constituirse en rémora del progreso, en defensor sistemático del oscurantismo; pero como esto lucha con la potestad que le confiriera su Fundador divino; con el espíritu de su mision fielmente cumplida en todos los tiempos; con los monumentos de verdadera civilizacion que ha formado su benéfica influencia en todos los siglos, al verte colocado hoy, ¡oh nuevo Sacerdote! en el altar del Cordero de Dios, agoviado bajo el peso de la augusta grandeza de tu ministerio, creo es llegado el

solemne momento en que, bosquejando con el colorido de la verdad toda la excelsitud en que hoy te contemplamos, pueda á su vista robustecerse el pueblo para hacer frente á las inmerecidas censuras que se dirigen al Sacerdocio, al mismo tiempo que tú reconociéndola, grabes en tu corazon para su mas exacto cumplimiento los difíciles deberes anejos á dignidad tan elevada.

«Mediador entre Dios y los hombres. He aquí condensada en esta frase, tu dignidad ante Dios: tu superioridad sobre las dignidades terrenas: tu influencia regeneradora en la sociedad: los difíciles deberes que te impone la mision de armonizar constantemente estas relaciones: ideas que voy á desarrollar con esta doble proposicion que las resume.»

«Eleva al Sacerdote sobre las dignidades terrenas el ministerio que desempeña ante Dios; la mision que ejerce en beneficio de la humanidad.»

Es este pensamiento, hermanos míos, tan elevado en su fondo, tan grandioso en su objeto, tan trascendental en sus fines, que no quiero entrar de lleno en su análisis sin confesaros con toda la sinceridad de mi corazon, cuan insuficiente me reconozco para desenvolverlo. Mas al contemplarte, ¡oh, ungido del Señor! cerca del Arca Santa del Testamento nuevo, para quemar ante ella los riquísimos perfumes de la oracion, confio que en tan supremo instante dirigirás fervorosas preces en mi auxilio, al Dios que hace discreta y fácil la lengua del pequeñuelo.

Pero aun mas alienta mi confianza tu eficaz intercesion, ¡oh celestial María! Las santas inspiraciones de la gracia imploro, por tu mediacion augusta. Alcánzalas del trono de la Sabiduría Eterna, como te lo suplicamos al pié de tus altares, saludándote con el Ángel enviado.

DIOS TE SALVE, MARÍA.

I.

Si el supremo sacrificio que reconquistó al hombre el sublime destino que perdiera con el pecado de origen, hizo necesaria la maravillosa Encarnación del Unigénito del Padre, debió exigir del mismo modo, que los instituidos por el Redentor para perpetuar su misión divina fuesen elevados sobre todo lo que no fuese Dios, por la elevación misma de tan santo ministerio. Mas se preguntará: ¿Fué necesaria la perpetuidad de esa misión y á esa perpetuidad la institución del Sacerdocio?

Tanto lo fué, hermanos míos, que aquí es precisamente donde se observa con toda la extensión que puede abarcar la mirada finita de nuestro pensamiento, esa obra regeneradora del amor divino. Si la doctrina de Jesús, verdadero testamento que selló su sangre no hubiese tenido ejecutores de su voluntad suprema, esa doctrina que había de obrar una revolución favorable al orden moral y social del mundo, hubiera sido una letra muerta; y los beneficios que legaba á la humanidad, otras tantas semillas de salud que habría esterilizado la falta de ese santo cultivo en que se viene ejercitando el Sacerdocio. Las verdades reveladas por el Celestial Maestro, la moral sublime de su Evangelio, no constituirían el código de las generaciones redimidas; antes por el contrario, lo hubieran borrado de su corazón los elementos deletéreos de las pasiones. La estrella de Jacob hubiera desaparecido de los horizontes cristianos, velados sus rayos por las sombras del olvido y la ignorancia, y entonces; ¡ay, qué espectáculo ofreciera la humanidad sin el calor fecundo que hoy le viene prestando ese astro de amor y de consuelo!

Volved sinó, la vista al mundo primitivo; al feliz período de la inocencia, y en los principios primordiales de toda moral, grabados en el corazón humano, hallareis el regulador de sus acciones (1), que bien pronto desaparece bajo el funesto influjo de la culpa.

(1) Div. Pav. ad Roman., c. 1. ver. 18 y siguientes.

Avanzad mas en la historia del hombre, es decir, en la historia de las misericordias divinas, y fijad vuestra atención en la ley escrita, necesaria para ilustrar la ley borrada de la naturaleza, asimismo adulterada por los extravíos de la razón humana (1). Israel representa á la humanidad y sus errores, y su ruina bosquejan el hondo abismo en que nos hubiéramos precipitado, á no ser alicivo el desenvolvimiento de la enseñanza cristiana, perpetuo el sacrificio que la santificó con la sangre del Justo.

Se dice, y se dice con razón que la muerte del Dios-Hombre es la gran obra de amor que reseña la historia de los siglos. Grande por sus fines que realizaba el consorcio del hombre ofensor con Dios ofendido (2). Grande en su medio que hizo expiar en la persona de ese mismo Dios ofendido los crímenes del mundo. Grande por su objeto que abrazaba la humanidad entera; y yo os pregunto: ¿podeis concebir completa esa obra si el Sacrificio de la Cruz no durase en su representación solemne y eficaz tanto, cuanto la humanidad por quien se ofrece? ¿Si los méritos de esa expiación infinita no siguieran satisfaciendo por las culpas del hombre, se obtendría ese alto fin de reconciliación entre nuestro linaje culpable y la Justicia Eterna? De ningún modo. Si así fuera, no veríamos en la redención el lazo de amor que abrazando los siglos, viene uniéndolos con Dios hasta su excelso trono. Considerad su influencia limitada á la Judea, bajo el poder de Tiberio, sin un custodio eterno que enlazara con él al hombre de todos los tiempos, y vereis cortado ese nudo estrecho de divina reconciliación por la razón humana, que al divorciarse de la razón suprema caería herida de muerte para marchar por tortuosos giros á una sima de perdición á que indudablemente hubiera arrastrado á todas las generaciones (3).

Pero no sucedió así: Jesucristo que vino á hacer loca la sabiduría del hombre (4) confiere potestad para renovar ese precioso timia-

(1) Diodoro de Sicilia.

(2) Epíst. ad Colos. 1. v. 20.

(3) Malebranche. Indagaciones sobre la verdad.

(4) Epístola ad Corint. 1. 20.

ma de su amor, á los ángeles de la nueva alianza; al Sacerdocio; para que ofrecido en todos los tiempos, los méritos de su Pasion reanuden nuestro arrepentimiento con la divina clemencia, en el místico propiciatorio del Calvario. Á ellos les entrega el Evangelio, para que mostrándolo á todas las naciones, puedan ver éstas siempre á Jesús Crucificado que las redime; la felicidad que en el Cielo las prepara, los medios que este fin las proporciona: esto es, los hace luz viva que ahuyente del mundo toda sombra impura; que muestre á la humanidad la doble vida de la eternidad y del tiempo; que la venga enseñando el camino abierto por Jesucristo, único que conduce á la morada de la perpetua bienaventuranza.

De la Cruz del Libertador divino, brotan raudales inestinguibles de gracias y consuelos. Su saludable influencia debe extenderse á todas las generaciones. Ellos están destinados por Dios para fertilizar los gérmenes de la moral cristiana, cuyas flores de celestial aroma han de producir frutos de caridad y fraternidad, de abnegacion, esperanza y ventura. Hasta el fin de las edades han de embellecer con sus verdores los extensos jardines de una nueva Sion, que tendrá por recinto el universo. Estos raudales son los Sacramentos; su influencia, la gracia, que brillando en el cielo de nuestras creencias como la estrella del amor de Dios, ejerce una atraccion irresistible hácia lo infinito en el corazon del que se mueve á contemplarla. Ese mar pues, inmenso en acciones meritorias que tiene su origen, vuelvo á repetirlo, en el Calvario; esa virtud y eficacia de la expiacion del Hijo de Dios han de perpetuarse á través de los siglos. Mas ¿podréis suponer fecundas esas fuentes de vida sin una institucion eterna como ellas, que aproxime la humanidad á sus raudales, venciendo los obstáculos de la incredulidad, para que esa gracia corra pronta á vivificar el corazon marchito por la culpa? ¿podeis suponer á la humanidad deseosa de contemplar ese astro santo, sin una institucion que disipando las sombras del mal, venga mostrándole todas las bellezas de sus divinos fulgores?

No mis amados: la redencion para ser adecuada á sus fines, debió tener un perpetuo desenvolvimiento; y este fin no lo hubiera

alcanzado sin una institucion como la del Sacerdocio, que partiendo de Jesucristo, viene eslabonando las generaciones con la misma doctrina y el mismo sacrificio, que constituyeron el Sacerdocio del enviado del Padre; ved aqui pues, la razon católica mostrándonos el Sacerdote como el necesario representante de Jesucristo; como su personificacion, su legado, el Ángel de su testamento que allega la humanidad al mar de gracias, que formaron los méritos del Dios crucificado.

¿Comprendeis ahora la exaltacion de ese nuevo elegido sobre todo lo que no es Dios, cuando ha sido preciso remontarnos hasta la Divinidad para apreciar toda la alteza de su mision? Solo desde el Sacerdocio del Pontífice Eterno de los siglos; solo desde el Calvario podemos ver al Sacerdote cristiano tocando los linderos de lo infinito, al ser como Jesucristo verdadero mediador entre Dios y los hombres. *Mediator Dei et hominum.*

Él es un vástago de la Cruz del Salvador tan eterno y frondoso, que solo colocándonos en la Cruz, donde recibe su fecunda sávia, podemos admirar la hermosura de sus gallardas ramas que prestan dulce sombra al universo.

Mas direis... ¿dónde se engasta con Jesús esa preciosa cadena que ondulando por los siglos une al hombre con Dios, hasta el escabel de su trono? ¿Cómo impartió en su Apóstol la potestad suprema el Pastor universal? ¿Dónde trasmitió su mision? ¿Qué títulos ostenta el Sacerdocio para presentarse á los pueblos como su mediador y su maestro?

Penetremos, hermanos míos, en el Cenáculo, y allí presenciaremos la formacion de esta nueva Jerusalem, que basada en los cimientos del Apostolado descansa en la piedra angular del Mediador Eterno. Se aproxima la hora de partir para el Padre, y el Sumo Sacerdote de la nueva ley instituye el Sacrificio que habia de perpetuar la memoria de su muerte, confiriendo á sus discípulos la divina potestad de renovarlo. Tomad les dice; tomad y comed, este es mi cuerpo que será entregado por vuestra salud; bebed, esta es mi sangre que será por vosotros derramada para sellar mi eterno testamento. *Hoc facite in meam commemorationem.*

Católicos: Cuando consideramos estas palabras y la virtud creadora que encierran, pierden sus magnificencias la dignidad del Patriarcado y del Sacerdocio levítico. Aaron con las riquísimas vestiduras del Supremo pontificado, solo imperfectamente simbolizaba la elevación en que miramos constituido á este ministro de la ley de gracia. Á él le es dado convertir el pan en el cuerpo, y el vino en la sangre del hijo de Dios á la acción de su palabra, y ante esta potestad el ostentoso sacerdote de los antiguos pueblos, de Menfis y de Esparta, de Atenas y de Roma palidece como insuficiente emblema del sacerdote católico que sirve mejor testamento y asiste al tabernáculo trazado por el dedo de Dios, según la bella frase del Apóstol; puesto que en él se ofrece en Sacrificio al Verbo muerto como hombre sobre el Gólgota.

Pero no son estos los solos testimonios que dan fe de su misión. Oid á Jesucristo dirigiéndose á los Apóstoles y no olvideis que quien habla es un Dios. «Como mi Padre me envió, les dice, así yo os envío; id y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo,—es decir: reengendrándolas á una nueva vida que las llame á la heredad de los Cielos.—Recibid el Espíritu Santo.—Perdonados serán los pecados que perdoneis; á quienes se los retuvierais les serán retenidos.—No temáis.—No será vuestro espíritu quien hable por vuestros labios, sino el Espíritu de mi Padre, quien hablará en vosotros.—El que os desprecie me desprecia;—y hé aquí que yo estaré con vosotros todos los días hasta la consumación de los tiempos. *Ecce enim vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem sæculi.* (1).

¿Y quién habrá que al escuchar esta delegación repetida y solemne que hace Jesús al Sacerdocio de las llaves de los Cielos; ante esa asistencia constante que le promete; ante esa inspiración celestial que le concede; ante esa misión de evangelizar la humanidad que le encarga; ante ese anatema que conmina contra sus enemigos? ¿Quién habrá, repito, que desconozca cuanto eleva al Sacerdocio sobre las dignidades terrenas el ministerio que desem-

(1) Matth. 17, 13 y siguientes.—Id. 28, v. 18, 19, 20.—Joan. 20, v. 21, 22, 23.

peña ante Dios? ¿No es él una participación del de Jesucristo para continuar en la tierra la misión sublime de armonizar las relaciones entre Dios y los hombres? ¡Ah! No necesito para confirmar esta verdad traer en mi apoyo la autoridad de los siglos en boca de los testigos de la tradición. Sin apelar á este robusto fundamento, confirmaré mi aserto con los dulces sentimientos de que en este instante sentireis poseído vuestro espíritu. Decidme: ¿No es verdad que cuando ois las sagradas melodías, y escucháis sus sublimes cánticos y observáis la pompa augusta de nuestro culto, y aspiráis el olor de los perfumes quemados ante un altar sin mancha, y ante él veis postradas de hinojos las grandezas de la tierra, no es verdad que subyuga vuestras almas un sentimiento de elevado respeto hácia el ministro, que á la acción de su palabra hace descender de los Cielos al Rey de las eternidades, para presentarlo en sus manos al ojo del mortal que se cree transportado á las regiones de la luz? ¿No es verdad que entonces vuestro corazón reconoce su grandeza y juzgáis su dignidad infinita?

Yo creo que sí: vuestro espíritu sensibilizado por la fe no podrá menos de sentir lo que elevó el espíritu descreído de Voltaire que se confiesa dominado por una emoción celestial al presenciar este cuadro lleno de santas magnificencias (1). Y es, Señores, porque lo bello no es otra cosa según Platon que el esplendor de la verdad; la figura de la esencia, como llama San Pablo á Jesucristo, la belleza del sacrificio que arroba nuestras almas á una esfera infinita, irradia una luz clarísima que se refleja en el Sacerdote, que ilumina su gloria, su poder, su grandeza, y esta grandeza, y este poder y esta gloria cautiva nuestros corazones y los seduce y los conmueve haciendo como todo lo bello las delicias de la virtud ilustrada (2).

Por esta razón al ver hoy á ese nuevo Sacerdote entrar por vez primera en el *Sancta Sanctorum* de nuestros misterios, para conversar con el Dios del Sinaí y del Tabor, velado por los accidentes eucarísticos, vuestro corazón instintivamente pregona con su ine-

(1) Cuestiones sobre la Enciclopedia.

(2) De Maistre.

fable alegría, lo elevado de su potestad, lo excelso de su mision. En él veis al enviado del Cielo que brinda á vuestro espíritu el maná de los ángeles; que infiltra en vuestros corazones los suaves sentimientos de la moral cristiana, que desata los lazos que os sujetan al imperio de las pasiones, espinas de la vida; al encargado de purificar la tierra con los dulces jugos de la clemencia de Dios, para abriros por ella un camino de amor y de esperanza, que os lleve á poseer la felicidad de un reino imperecedero.

¡Pero Dios mio! ¿Confiais tan altos intereses, la dicha del hombre, á hombres débiles sujetos á las miserias y flaquezas de nuestra pequeñez? ¡Oh Sabiduría Eterna, cuán superiores son tus designios á los cálculos humanos!

Dios quiso, Señores, que el Sacerdocio perpetuase la obra del Redentor, constituyéndole Mediador entre Dios y los hombres; y este poder se lo confiere Jesucristo, para que representante de Dios por su ministerio, hombre por su naturaleza, relacione estos dos polos del orden religioso, identificando este último carácter su accion, á la accion mediadora de Jesucristo; cuyo ministerio le presta una dignidad inferior á Dios, superior á las grandezas terrenas. *Mediator Dei et hominum.*

Mas ¿ha correspondido el Sacerdocio á su mision, ejerciéndola en beneficio de la humanidad?

Permitidme desarrolle este segundo extremo de mi proposicion.

II.

Son tantos los fundamentos que confirman la verdad de esta tesis, que la primera dificultad que se opone á su acabado desenvolvimiento, es la de recorrer en el corto tiempo que os debo dirigir la palabra ese vasto campo de diez y nueve siglos, en que se levantan los perpetuos monumentos que glorifican la mision del Sacerdocio en orden á la humanidad. Es imposible, absolutamente imposible encerrar en tan pequeño cuadro tan gigantescas figuras; presentarlas con todo su grandor; darles el animado colorido que

necesitan, la armonía que exigen para observar sus relaciones, buscar su origen, apreciar sus efectos. Necesitaríamos dirigir una mirada al universo para estudiar la vida moral de las generaciones en el período de las promesas, y haciendo alto en el Calvario, seguir nuestra marcha investigadora á través de las sociedades redimidas. Asi apreciaríamos el contraste de sus recíprocos adelantos, de sus civilizaciones, de sus destinos temporales y eternos, para ver la influencia de la mision sacerdotal labrar la felicidad de la raza humana. Pero ya que nos es imposible hacer esta escursion á la historia de las edades; ya que nos es difícil ver la verdad bajo este prisma múltiple, iremos á burcarla por mas corto camino.

En estos tiempos, ya os lo he indicado; mil labios incrédulos han lanzado una acusacion contra los ministros del Santuario, en que para probar algo, lo han negado todo. Han combatido la doctrina; y al verse vencidos por sus eternos custodios, con invectivas é inexactas aseveraciones han intentado empañar el brillo divino de su aureola. Lejos de confesar los beneficios de todos órdenes que otorgara al hombre, se le supone su mayor enemigo. Señores: es la ingratitud mas monstruosa querer presentarlo como centro de la ignorancia, aliado del oscurantismo, elemento retrógrado de todo progreso, siendo así, que él fué el foco que esclareció todas las verdades, el móvil de todo adelanto, el perpetuo centinela que ha velado por la paz del hombre, suavizando sus costumbres, reglando su vida, armonizando sus relaciones, mostrándole hasta con la luz de las ciencias, las sendas que en la vida pueden conducirlo á las regiones de la inmortalidad.

Esta es una verdad práctica que la historia consigna; pero que tiene en la filosofía cristiana una explicacion tan satisfactoria, que no dudo engendrará en vuestro ánimo el mas profundo convencimiento.

Dejo ya demostrado que el Sacerdote es el encargado por Dios para desarrollar la obra de la redencion, y hacer á la humanidad entera gustar sus frutos. Y en este concepto ¿puede dejar de ser necesariamente como Jesucristo, luz verdadera que ilumine todo hombre para dirigir sus pasos por una senda de paz?

El Evangelio, Señores, no es otra cosa que el progreso absoluto, la fuente de toda perfección, el raudal inextinguible de toda ciencia. Mientras las escuelas de Platon y Aristóteles con los demás sistemas de la antigua filosofía brillaron como luminosos meteoros, para perderse luego en las sombras del olvido; mientras las instituciones políticas, los principios de legislación, las costumbres, el gobierno, todo lo que puede constituir la ciencia social ha estado sujeto á modificaciones y á ensayos; á cambios y reformas, siendo hoy antiguo lo que ayer nuevo; hoy atraso lo que ayer progreso; ahora cultura á lo que mañana tal vez se llamará barbarie. Cuando nada habia fijo ni inmutable en la vida intelectual y moral de las sociedades antes del Cristianismo, aparece el Evangelio, se predica, se extiende, se desarrolla y encarna de tal modo en la sociedad, que ni uno solo de sus preceptos puede combatirlo con victoria la filosofía pagana; ni una sola de sus verdades puede ser oscurecida al fuego de las persecuciones; ni su tendencia civilizadora desvirtuarla, el fragor de los combates en la Edad Media, los esfuerzos titánicos del racionalismo en las edades modernas. Solo esta celestial doctrina es inmutable, como Dios de quien procede; solo en ella se encuentra el verdadero progreso, puesto que extiende su mision á todos los pueblos, á todos los siglos; al hombre individual con relacion á Dios, al hombre social con relacion á sus semejantes. Señaladme si podeis, un solo precepto de este sagrado código, cualquiera que él sea, que no se aplique hoy con el mismo prestigio en bien de la humanidad, que se aplicó há mil ochocientos años. Él es la columna de fuego que guía las generaciones á la perfección moral que simboliza, siempre precediéndolas en su ruta á través de las edades. ¿Qué sistema ha podido reemplazar con ventaja la doctrina del Dios-Hombre entre los mil ensayos de las escuelas que se disputan la gloria de realizar el bien de la humanidad...? Pues si ninguno puede abolirla por insuficiente; si á todo progreso le ha sido necesario beber en el Evangelio como en sus mas puros raudales; si él tiende al bien universal, ¿no será un delirio suponer al Sacerdocio, obstáculo al adelanto, á la misma progresion que él predica?

Tan inconcusa es esta verdad, que no podemos falsear las consecuencias que deduce, suponiendo maliciosamente degenerado al Sacerdocio de su mision primera. Hacedlo, y evocaremos los inapelables testimonios de la historia; y ante el lenguaje solemne de todas las edades, reconocereis como ha sido fiel á su divino instituto, guardando la unidad de la doctrina; siempre predicándola como se la confió en custodia su Fundador divino.

¿Hay un siglo en que no veamos con dolor una herejía, una página en esa historia donde un error no se lea? ¿Desde Cerinto hasta Lutero no se encadenan las sectas á los cismas promoviendo la guerra en el orden dogmático y moral al credo católico? Pues todos ellos son otros tantos testigos de la unidad de nuestras creencias religiosas. El Sacerdocio con el anatema siempre fulminado contra la innovacion y el error, ha guardado puro é intacto el depósito de las verdades reveladas, sellándolas con este lema conservador, que viene repitiendo á través de los siglos; «*Nihil innovetur nisi quod traditum est.*»

Y ved aquí, porque la Iglesia católica sin modificarse es siempre nueva; porque sobrevive á todos los cataclismos; porque triunfa cada vez que es combatida, desafiando las potestades del mal, que *nunca* prevalecerán contra ella. No así el protestantismo, y dicho sea de paso, que siempre modificado, siempre en reforma, se aniquila subdividiéndose, sin presentar un símbolo constante que presste en todo tiempo igual luz á las tenebrosas profundidades de la inteligencia humana. En vez de ser su guía á la perfección la sigue por un camino de contradicciones.

Si pues, el Evangelio es la perfección absoluta, y el progreso no puede ser otra cosa que la marcha hácia esta perfección, el Sacerdote que perpetúa su enseñanza segun el sentido tradicional, no puede considerarse como rémora al adelanto; como elemento retrógrado.

Preguntadle que ha hecho de la humanidad en los diez y nueve siglos que há la viene dirigiendo y él os responderá que ha sabido inspirar al hombre el sentimiento religioso que lo une á Dios; que ha formado su corazon segun los divinos preceptos de la mas san-

la doctrina, para crearle su vida moral; y esclareciendo su inteligencia y moralizando su corazón, ha buscado las armonías de la vida social, que no puede concebirse reglada y perfecta, sin la perfección del individuo á que tiende aquella doble misión.

¿Y negareis al Sacerdocio la gloria de haberla cumplido fielmente?

Luchando por espacio de cuatro siglos con un mundo politeísta, consiguió enseñarle un Dios invisible pero *conocido*, una moral austera, que al par que domaba sus pasiones, llevaba en su seno el calor vivificante de la caridad, para formar de la raza humana una familia de hermanos. ¿Y negareis que la rápida propagación de esta extraña doctrina, al labrar la dicha del hombre, glorifica y enaltece los evangelizadores que la predicaron? ¿Y negareis que doce pescadores galileos, en los albores del Cristianismo, sus sucesores después, despreciando el martirio con que los coronó la persecución de los pontífices paganos, restauraron una libertad perdida para el hombre esclavo, reformaron la legislación, concediéndole en ella ignorados derechos que le han ennoblecido? ¿Quién sinó el Sacerdocio sirvió de escudo al trono de los Césares, que le habían perseguido proclamando su potestad como emanación del Cielo? ¿Y quién habló á los Reyes en defensa de los pueblos, haciéndoles ver su dependencia á la ley divina, que exliende su acción niveladora, lo mismo al monarca que al vasallo? ¡El Sacerdocio rémora del progreso!... Es verdad! Él, aunque encaminó la revolución moral que produjo en el mundo el Cristianismo, aunque dirigió la influencia que alcanzó su virtud perseguida á arrancar de las sienes del César la tiara del Pontífice, no fué, sin embargo, revolucionario en la acepción que hoy tiene esta palabra. En las cárceles; en el tormento; sobre el patíbulo, predicaba el perdón de las injurias. Dad á Dios, repetía como Jesucristo, lo que es de Dios, y al César lo que es del César; y de este modo, deslindaba el reino espiritual que prometía, del dominio temporal de los estados que confiaba á las potestades de la tierra.

Señores: Meditad sobre la influencia del Sacerdocio en los primeros siglos, y al verle despreciar las glorias terrenas que hubie-

ra podido conquistar en ellos, y dirigir sus tendencias á mas elevados fines, no podreis menos de comprender que su misión viene dirigida del Cielo, á promover la felicidad entre los hijos, rehabilitados de un padre prevaricador; porque sinó, ¿qué otro fin anhelaba un Sacerdocio pobre y perseguido? Solo la muerte, y con ella el triunfo de la celestial doctrina, cuya práctica habia de hacer feliz al hombre en la vida y en la eternidad.

Han terminado con la conversión de los tiranos las persecuciones al Sacerdocio. Va á cerner la paz sus consoladoras alas sobre la tierra, cuando hé aquí que mil legiones bárbaras, abandonando las selvas del Norte, se precipitan sobre el mundo civilizado para destruir su poder y amenguar su gloria. En tan solemne ocasión, el Sacerdote cristiano muestra á tan intrépidos guerreros á las puertas de Roma, la imágen de un Dios, crucificado por su amor al hombre, y ante este divino emblema, póstranse los Atilas y la civilización se salva del naufragio en que pudo sumergirse, bajo el cetro de hierro de estos conquistadores. Subdividido el imperio, brota con la ambición la guerra por el mundo entonces conocido, y por espacio de ocho siglos, las ciencias suspenden sus vuelos á la verdad, las artes ocultan sus encantos, y si el hombre continúa el comercio y fomenta la industria es para llevar con ella el exterminio á su hermano. ¿Quién levantará su voz para clamar por los fueros santos de la justicia y el derecho? ¿Quién esclarecerá tan nebulosos tiempos con las luces del Evangelio, con las civilizaciones de Roma y Grecia? ¿Quién destruirá el dominio del fuerte en esta edad de hierro?

El Sacerdocio: paréceme verlo, cuando en torno suyo resuenan los gritos del combate, que asiste al santuario de un Dios pacífico, que ocupa la cátedra de la verdad, y moraliza al mundo, formando en el retiro del claustro el patrimonio de los sabios modernos, al eslabonar con su vida austera, las ciencias de las antiguas civilizaciones con las que él cultiva y perfecciona. Vedlo también abandonar su mansión de paz para dirigir á los Reyes y á los súbditos por la senda de los sagrados deberes que el Evangelio traza, siendo el mediador entre los príncipes y los pueblos, como es el me-

diador entre Dios y los hombres: *Mediator Dei et hominum*. Pero no lo vereis revolucionario. Él no toma parte en el primer período de la moderna historia, en la guerra de los paisanos que desola la Alemania.

Él no mide sus armas con el protestantismo en los despojos de la Iglesia Anglicana. Él no quema incienso á la prostitucion á las orillas del Sena. No; su mision es mas elevada; su Divino Maestro le ha dado el amor santo en depósito, y no puede prescribir la venganza; le ha confiado la antorcha de la civilizacion, y no puede autorizar el desorden, la anarquía, la demagogia que vienen destruyendo sus pacíficas conquistas: no es invasor de los estados, y consecuente á sus principios, ni quita sus derechos á los príncipes y á los pueblos, ni puede consentir la destruccion de estos principios, por los medios injustos de la usurpacion; por el camino de la sangre y del cadalso. Su reino no es de este mundo; pero viene á enseñar al mundo con los esfuerzos de una humilde persuasion; con la paciencia, la mansedumbre, la verdad y el amor, que barrenan y conculcan los desafueros de las revoluciones. Por lo demás, no le oireis predicar ninguna forma determinada de gobierno; el orden en principio: la armonía social entre el gobernante y el gobernado; *omnis potestas á Deo*. Ved aquí su bandera.

Dirigida su mision á la felicidad de sus semejantes, se presenta el Sacerdote para ejercerla solo, sin familia, para adoptar por suyas todas las que pueblan el globo. Va á labrar la dicha del hombre, y apenas éste nace, lo purifica de la mancha de pecado con que abre sus ojos á la vida; forma su corazon é ilumina su inteligencia con divinas enseñanzas: consueta sus pesares; dulcifica sus dolores, mostrándole siempre un porvenir venturoso; siempre alentándolo con la esperanza cristiana. Él es todo amor, como la doctrina que enseña; como el modelo divino que personifica. Él es quien cura con el bálsamo del arrepentimiento y del perdon las heridas del alma, y acompañando al hombre donde quiera se dirige, corre á él para evitarle tropiezos á la culpa en el camino de la virtud. Él es quien asiste al moribundo en su lecho, bendiciéndole con una mano, mientras con la otra le señala los senderos de la

inmortalidad. Él quien arrostra el furor de las olas en ignotas mares; invencibles obstáculos en extraños climas, para llevar henchido de caridad, la luz cristiana al hombre de todas las regiones: no tiene otras armas que un Crucifijo, mas defensa que su amor, y vedlo hollar sereno hoy las nieves del polo, mañana las arenas del desierto, calcinadas por los ardores del trópico. Y en el seno de la sociedad doméstica que bendice; y en la sociedad humana que perfecciona y une con los dulces lazos de la fraternidad, siembra paz y derrama consuelos y ávido busca al huérfano, á la viuda, al doliente, para ser su maestro, su escudo, su defensor y su remedio. ¡La caridad! ved aquí el móvil de todas sus acciones; por ella instituye desde los primeros siglos, hospitales, amparos, escuelas, todos los establecimientos de beneficencia, que son los verdaderos monumentos de la civilizacion de los pueblos; y en ellos, no creais limita su influencia á socorrer únicamente las necesidades físicas de la humanidad afligida; hace mas, dirige su mision al atribulado espiritu y dulcifica sus amarguras, con la caridad desinteresada y vehemente que solo arde en el seno del Catolicismo; empresa que no puede acometer la filantropía moderna, hija degenerada del amor cristiano.

Si es cierto que consoló la humanidad afligida, no lo es menos que prestó ilustracion á la inteligencia, fomentando infatigable el estudio de las letras y el desarrollo de las artes. Hablen por mí las Universidades y escuelas que fundó; las bibliotecas en que aun beben la ciencia los sabios contemporáneos. En la Edad media, cuando no habia mas aulas que los campos de batalla, cuando la ciencia era una negacion, vino ésta á buscar esmerado cultivo á la sombra del Santuario y en él ostentó sus mas preciados frutos. La literatura, las artes, pero Señores: ¿por ventura se pueden enumerar las coronas conquistadas por el Sacerdocio, en las palmas del saber humano, desde San Pablo ante el Areópago griego, desde Bossuet y Fenelon, hasta el malogrado Balmes y el elocuente Lacordaire? (1).

(1) No citamos otros nombres ilustres por su santidad y eminentes talentos, porque los arriba escritos bastan á nuestro objeto; cual es, el de presentar en algunos Sacerdotes, genios elevados en las ciencias humanas, dignos de inmortalizar el siglo en que han vivido.

No es posible, y por eso voy á reasumir, diciéndoos con un filósofo de nuestros dias. Que si la influencia del espiritualismo cristiano se ha revelado en los tiempos modernos por tantas inspiraciones caballerescas; por tantas instituciones morales y religiosas; por tantos descubrimientos científicos; tantas obras maestras en las artes, y tan portentosos trabajos en la industria, esto se debe al Sacerdocio cristiano, que prestando energía á la inteligencia, y amor al corazón del hombre, lo ha hecho apto con esta doble misión para vivir una sociedad civilizada, desconocida del mundo politeísta. Luego si por el ministerio que Dios le confiriera le vemos colocado *sobre las dignidades de la tierra, el fiel cumplimiento de esta misión, ejercida en beneficio de la humanidad le preste no menos elevación sobre las dignidades humanas*, por ser con ella como Jesucristo, verdadero mediador entre Dios y los hombres. *Mediator Dei et hominum.*

Tal es el sublime encargo que Dios te ha confiado, al elegirte como Aaron para servir á su Santo Tabernáculo. Tal es la potestad suprema que hoy comienzas á ejercer delante de los pueblos, sobre cuyas grandezas te coloca, para que desarraigues el vicio y el pecado, edifiques y plantes la santidad y la virtud. *Ecce constitui te hodie super gentes, et super regna ut evellas et destruas... et edifices, et plantes (1)*. ¡Mas cuántos desvelos debe proporcionarte delegación tan augusta! ¡Qué responsabilidad deberá pesar sobre tí; sinó respondes á tan divinos llamamientos con una vida, toda amor, caridad y mansedumbre! Elegido por Dios para asistir á su altar inmaculado, la pureza de tu vida debe ser tal que los pueblos por ella en tí contemplen un ángel, que peregrino en la tierra suspira perpetuamente por su eterna patria. Instituido para ser mediador entre la divinidad y el hombre, deberás desde este día cargar en hombros de santidad con nuestras culpas, y rogar al Dios á quien sirves, las borre su misericordia del libro de nuestra vida. La moral cristiana que como luz celeste ahuyenta del mundo la ignorancia, el error y el pecado, debes enseñarla á la humani-

(1) Jeronías, c. 1. v. 10.

dad, con la persuasión y la constancia; por caminos de sufrimientos, de abnegación y de humildad. Personifica con el ejemplo esa doctrina; sé su acción permanente, y en su virtud busca dolores que consolar, necesidades que socorrer; lágrimas que enjugar con el consuelo en las mejillas de todo hombre, en quien mirarás un hermano; para el desvalido y el indigente, sé el escudo que los defienda; el maestro que los enseñe; el protector que los salve. Vigila como fiel centinela de la casa de Dios sobre el alcázar de Sion, y rechaza esforzado los embates de los fieros moabitas que intentan derribarlo. ¿Mas á qué reseñar las multiplicadas obligaciones de tu ministerio?

En el imperfecto bosquejo que del Sacerdocio he presentado á tu consideración brillan las virtudes que deben formar tu adorno, para presentarte al pie de los sagrados tabernáculos, á implorar las divinas misericordias en pró de la humanidad. Todas ellas se derivan de la virtud suprema, á que debes asimilar tu vida; de Jesucristo, cuya misión hoy te delega, constituyéndote mediador entre Dios y los hombres. *Mediator Dei et hominum.*

No es justo molestar por mas tiempo vuestra atención con el difícil empeño de mostraros en un cuadro acabado y perfecto, la gloria que le es dado gozar á este nuevo elegido. Confieso que al intentarlo, mas de una vez abandoné la pluma por juzgarla demasiado tosca para trazar con animados colores su celestial belleza. Este convencimiento me hace no demorar por mas tiempo el feliz instante porque tu corazón suspira. No te detengas, pues, nuevo Sacerdote. Levántate y llega al Ara Santa á consumir el sacrificio de propiciación á que has dado principio, y cuando muestres á este pueblo que con viva emoción te contempla, la Hostia infinita, inmolada por el hombre en el Calvario; cuando humilladas las celestiales jerarquías descienda á tus manos que elige por santuario, el esplendor de la divina esencia, el Unigénito del Padre, Jesucristo Redentor del mundo, preséntale nuestros pecados y alcánzanos el perdón de su clemencia.

En tan supremo instante ruega fervoroso porque Dios afiance el timón de la nave misteriosa de la Iglesia, en las manos del suce-

sor de Pedro, combatido hoy como tantas otras veces, por las borrascas del escepticismo; por las ingratitudes de los pueblos. Suplica al Dios que consuela el corazón afligido, dulcifique los pesares que hoy laceran el del bondadoso Pío IX, y yo confío que tus preces las escuchará benigno, concediendo días prósperos y bonancibles á la agitada Europa, que recibirá nuevos testimonios de la autoridad divina, del Jefe del Catolicismo, que nunca será vencido, yo os lo juro, por las potestades del mal.

Suban tus oraciones como el humo del oloroso incienso, al trono augusto del Increado espíritu, y de él alcancen santas inspiraciones, para el venerable y virtuoso prelado, que en virtud de la sagrada ordenación hoy te sublima al ministerio angélico de Sacerdote de la Nueva Alianza.

Muéstra igualmente á la bondad divina la Soberana que se sienta sobre el trono de las Españas, para que otorgue acierto á su Gobierno, felicidad y ventura á los pueblos que rige con cetro de justicia.

Intécede por tus compatriotas; por este pueblo en que viste la aurora de tu vida; pero especialmente, ¡ay! no quisiera arrancar lágrimas á tus ojos, ni mezclar sollozos con el júbilo que experimentar debes por tu exaltación en este día.... Mas, ya conoces á donde se dirigen mis recuerdos; tus lágrimas me lo están revelando....

Lleva tu pensamiento de los horizontes visibles del mundo, á los infinitos de la eternidad; tal vez en ella, hermanos queridos, los mismos autores de tus días esperan en un lugar de expiación los efectos satisfactorios de tu primer sacrificio, para gozar los inefables placeres del Bien supremo. Eleva, pues, tus más fervientes plegarias por su felicidad, y en el fondo de tu alma sentirás recompensar tu súplica la sonrisa que te dirigirá desde el cielo la madre cariñosa que mil veces te estrecharía contra su corazón, con el delirante frenesí del más puro de todos los amores: y cuando hayas cumplido con este deber sagrado, vuelve tus ojos á la vida, y en ella encontrarás dignos objetos de tus oraciones. Mira tus hermanos, que te contemplan dominados con una

emoción de la más inefable ternura. Impetra de Dios bendiciones de salud y de vida; gracias eficaces, que hagan fecundos en ellos y en sus hijos todo linaje de bienes. Recuerda, por último, en tus preces el nombre de todos aquellos á quienes te unen los vínculos de una común generación, y si lo crees justo, presenta también ante las divinas misericordias al humilde intérprete de que hoy se valen los designios de la eterna sabiduría para formar esta apología incompleta de las glorias del Sacerdocio. Y puesto que ya te he revelado las necesidades de mi corazón, pide porque un día pueda á mi vez ante el Ara de la nueva ley elevar mis manos al Pontífice Supremo de los siglos, para que derrame sobre tí los dones y carismas de su gracia, á fin de que sirviéndole fielmente en el santuario de sus misterios, consumes como bueno la carrera de tu vida; y finalizada que sea ciña á tus sienes la diadema de una gloria inmortal que á todos os deseo en el nombre del Padre, Hijo y Espíritu Santo, por eternidades perpetuas. AMEN.

O. S. C. S. R. E.